Antártica: la disputa que el mundo cree futura, pero que ya comenzó.

Featured in: Destacados Geopolítica Opinión

BY LATRINCHERA ⊙ FEBRERO 10, 2026

2048 no marcará el inicio del problema, sino el momento en que el mundo deba reconocer lo que ya esté construido en presencia científica, logística, tecnológica y poder real

Durante años se ha instalado la idea de que la Antártica será un problema del futuro, asociado a una fecha lejana que permitiría postergar cualquier discusión incómoda. Se repite con frecuencia que el verdadero punto de inflexión llegará en 2048, como si ese año marcara el inicio de una disputa inevitable. Sin embargo, esa lectura es incompleta y, en cierto modo, excesivamente tranquilizadora. La Antártica no está regulada por un solo acuerdo ni por un plazo fatídico, sino por un sistema jurídico y político construido a lo largo de décadas, cuyo eje central sigue plenamente vigente.

Ese eje lo constituye el Tratado Antártico de 1959, que estableció que el continente debía destinarse exclusivamente a fines pacíficos y científicos, congelando las reclamaciones territoriales existentes sin validarlas ni anularlas, y prohibiendo cualquier forma de militarización. Este tratado no tiene fecha de término y continúa siendo la base del sistema antártico. Posteriormente, se incorporó el régimen ambiental que prohibió la explotación minera, el cual entró en vigor en 1998. Es desde ese momento que comienza a contarse el plazo que conduce a 2048, año en que los Estados podrían solicitar formalmente su revisión. Pero incluso en ese escenario, no se trata del fin del sistema ni del inicio automático de la explotación de recursos, sino de la eventual apertura de una discusión dentro de un marco jurídico que seguirá existiendo. La experiencia histórica demuestra que, cuando el mundo llega al momento de discutir recursos estratégicos, la competencia real suele llevar décadas desarrollándose de forma silenciosa.

La presión global sobre territorios estratégicos rara vez comienza con conflictos abiertos. Comienza con ciencia, con infraestructura, con logística, con tecnología, con presencia humana sostenida y con influencia normativa. Así ocurre hoy en distintos espacios del planeta que durante décadas fueron considerados periféricos y que, de pronto, adquieren centralidad geopolítica. Cuando un territorio combina posición estratégica, valor científico, relevancia ambiental y potencial económico, deja de ser marginal. La Antártica reúne todas esas condiciones. En este escenario, las grandes potencias no necesitan romper el sistema antártico para influir en su futuro; basta con construir ventajas estructurales a lo largo del tiempo mediante presencia científica permanente, desarrollo tecnológico polar, infraestructura logística avanzada y participación activa en la elaboración de normas y estándares internacionales.
A este cuadro se suma una realidad que el sistema antártico mantiene deliberadamente en segundo plano, pero que sigue plenamente vigente: las reclamaciones territoriales históricas. Aunque jurídicamente congeladas, no han desaparecido. Existe una superposición particularmente sensible entre los reclamos del Reino Unido, Chile y Argentina, concentrada principalmente en la Península Antártica y sus áreas adyacentes. Se trata de la zona más accesible del continente, la más cercana a Sudamérica, la más intensamente estudiada, la que concentra mayor infraestructura científica y la que recibe el mayor flujo de turismo. El Tratado Antártico no resolvió estas superposiciones; las suspendió. No otorgó soberanía a nadie ni la retiró a nadie. Simplemente creó un espacio de contención política para evitar que esas disputas derivaran en conflicto abierto. En la práctica, esto significa que la competencia no se expresa en términos de derecho formal, sino de presencia efectiva. Bases científicas, campañas permanentes, capacidad logística, acceso marítimo y aéreo, y legitimidad internacional acumulada en el tiempo se transforman en los verdaderos instrumentos de influencia.

El debate público suele concentrarse en la eventual explotación minera continental, pero ese enfoque distrae de lo esencial. Hoy, el verdadero poder estratégico en la Antártica no está en los minerales, sino en la capacidad de investigar de forma continua, operar durante todo el año en condiciones extremas, sostener cadenas logísticas complejas y controlar los

accesos naturales al continente. Mientras la atención se fija en la minería, los recursos marinos comienzan a perfilarse como un espacio de presión mucho más cercano, tanto por su rol en la seguridad alimentaria global como por su impacto en los equilibrios ambientales del planeta.

A ello se suma una paradoja propia del siglo XXI. A medida que crece la población mundial y aumenta la demanda por alimentos, energía y materiales, también se incrementa de manera sostenida la generación de desechos. Los residuos comienzan a transformarse en insumos para nuevas formas de producción, redefiniendo la relación entre economía circular y seguridad alimentaria. Sin embargo, este proceso no elimina la presión sobre los ecosistemas naturales únicos; por el contrario, aumenta su valor estratégico, ya que existen equilibrios biológicos que no pueden ser replicados artificialmente.

Rompehielos Almirante Viel durante comisión "Hielo Invierno 2025" – Imagen, Captura de video: Armada de Chile

Existe además un factor que suele analizarse únicamente desde el turismo, pero que tiene implicancias estratégicas profundas. El turismo antártico probablemente continuará creciendo, impulsado por avances tecnológicos y una demanda global creciente por destinos extremos. El turismo no solo transporta visitantes; genera infraestructura, rutas permanentes, capacidades de rescate, servicios logísticos y presencia humana sostenida. En términos estratégicos, puede transformarse en un vector indirecto de posicionamiento territorial y científico.
En este contexto, los accesos a la Antártica cobran una relevancia creciente. A medida que aumenta la actividad científica y turística, las ciudades australes pueden transformarse en centros logísticos de alcance global. Puertos especializados, aeropuertos polares, mantenimiento de flotas científicas y soporte a campañas internacionales pueden redefinir el rol estratégico del extremo sur del continente americano.

Helicóptero Sikorsky UH-60 Black Hawk (Fach) en Operación Estrella Polar III – Imagen: Prensa Presidencia

Esta presencia no es el resultado de acciones aisladas ni de hitos individuales. En la Antártica, la proyección efectiva del Estado se ha sostenido históricamente gracias a la acción complementaria y coordinada de las capacidades navales, aéreas y terrestres. La Armada, la Fuerza Aérea y el Ejército han cumplido roles específicos y necesarios —logísticos, científicos, operativos y de apoyo permanente— que solo adquieren pleno sentido cuando se entienden desde una lógica conjunta. Es precisamente en el escenario antártico donde se vuelve más evidente que la eficacia estratégica no surge de la fragmentación institucional, sino de la integración real de capacidades, planificación y propósito.

Todo esto se desarrolla, además, sobre una base territorial que no es menor. En la Antártica existe un vasto territorio continental cubierto por hielo, sobre el cual ningún Estado ha reclamado soberanía. No se trata de una masa de hielo flotante ni de plataforma marina, sino de tierra firme enterrada bajo kilómetros de hielo. Su tamaño equivale a más de dos Chiles continentales o a unas doce Inglaterras completas. Que un territorio de esa magnitud exista sin soberanía reclamada no es normal en términos históricos; no es un descuido ni una omisión casual, sino el resultado de decisiones políticas y estratégicas conscientes.

Este contraste se vuelve aún más elocuente cuando se observa lo que ocurre fuera de la Tierra. Hoy la humanidad discute derechos de uso sobre el regolito lunar, mientras en nuestro propio planeta existe un territorio continental gigantesco, cubierto por hielo, sobre el cual nadie ha reclamado soberanía. No se trata de ciencia ficción ni de exageración retórica, sino de un dato incómodo que revela prioridades y tensiones del orden internacional contemporáneo.

La Antártica difícilmente será escenario de conflictos armados tradicionales. Será, en cambio, un espacio de competencia permanente, silenciosa y acumulativa. No será una

disputa de soldados, sino de científicos, ingenieros, rompehielos, normas ambientales y presencia humana sostenida. Y cuando el mundo crea que la discusión comienza, algunos ya llevarán décadas de ventaja. No por haber explotado la Antártica, sino por haber entendido antes que otros que, en el siglo XXI, el verdadero poder no se construye avanzando sin límites, sino sabiendo cuándo estar, cuándo permanecer y cuándo no avanzar.

@Christian Slater E.
Mg. Ciencias Militares.